

Antes hay que legalizar a México

Alfredo Acle Tomasini©

Atento oigo su explicación. Calculo que no pasa de treinta años. Por su vocabulario deduzco que cursó preparatoria y posiblemente los primeros años de alguna carrera. Relata con claridad cuáles son sus funciones. Las describe a detalle, lo que revela su adiestramiento, su experiencia y la forma como éstas encajan con las del resto de su equipo. Menciona palabras como coordinación, supervisión, verificación, comunicación, organización. Parece un empleado de una empresa de logística. Pero oírlo hace que se me enchine el cuerpo; porque lo que ese joven relata serena y fríamente es la comisión de un asesinato y que se dedica a ser sicario.

Esta escena me lleva a preguntarme, en dónde falló mi generación cuando nos comprometimos a dejarle a la siguiente un México mejor. Hace treinta años no perdíamos la oportunidad para prometerlo, para afirmarlo como si de verdad pudiéramos lograrlo. Pero con la misma rapidez que a esas palabras se las llevó el viento, así los hechos y las cifras que describe nuestra trágica realidad dejan de asombrarnos; ya no nos dicen nada, o simplemente preferimos ignorarlas mientras no seamos los afectados.

Es humano que huyamos del dolor, la sangre y la violencia como una forma de seguir con nuestras vidas. Pero ignorando la realidad no la podremos cambiar y menos aún hacer que desaparezca.

Sin contar a las víctimas de secuestros y asesinatos atribuidos a la inseguridad, han muerto – oficialmente – 28 mil personas en la guerra contra el narcotráfico. El común denominador de todos ellos es que eran mexicanos, la mayoría jóvenes en edad productiva. Dicha cifra equivale a siete veces al total de bajas que los Estados Unidos han tenido en Irak, y representa casi la mitad del total de sus soldados muertos en la guerra de Vietnam. Con la salvedad de que esto sucedió a lo largo de quince años.

Recurrir a estadísticas de hechos delictivos en otros países para minimizar nuestros problemas es una forma de evadir la realidad. Para los mexicanos no es relevante si en otras naciones hay más personas asesinadas por día, sino el hecho de que hoy están no sólo muriendo miles de jóvenes por causas que antes no existían, y que otros tantos estén encontrando en la criminalidad organizada, como ese joven sicario, su fuente de empleo. Aunque sea para matar por \$2,000 semanales.

¿Cómo llegamos hasta aquí? Nos preguntamos.

Como cualquier fenómeno social, éste es la resultante de un conjunto de factores. Pero entre ellos sin lugar a dudas ocupa un lugar destacado la penetración que en la vida nacional ha tenido la corrupción y que se manifiesta en valores sociales tergiversados, donde al honesto se le tilda de estúpido y al corrupto de sagaz. Además de que a éste, por obvia que sea la ilegalidad de su fortuna, nunca se le excluye socialmente, porque la honestidad no es un valor social. En México basta tener, que el origen poco importa.

Ignoramos que las enfermedades sociales lejos de curarse solas, terminan por agravarse. Tampoco advertimos que la tolerancia a la corrupción ha tenido en el país, un efecto similar al que el SIDA causa en el cuerpo humano, al dejarlo en total indefensión para resistir el embate de cualquier enfermedad, por leve que sea ésta.

Hagamos memoria; todas las voluntades que hoy compra el narcotráfico, ya se podían comprar desde tiempo atrás. Quizá la única diferencia es que han subido los precios. Nos horroriza que los intereses del narco penetren en los procesos electorales como un medio para hacerse de los poderes públicos, cuando en nuestra realidad cotidiana se evidencia como éstos han sido penetrados por los intereses económicos. ¿Cuántas fortunas no han tenido su origen en esta relación simbiótica?

La corrupción no es divisible. No puede el Estado, pregonar en un ámbito una lucha frontal a favor de la legalidad, cuando en otro tolera lo contrario e incluso se asocia con personajes que son la antítesis de ésta. Ciertamente, la virulencia como se ha manifestado el narcotráfico significa un riesgo para el interés nacional, pero también lo representa la opacidad sindical, la falta de transparencia del uso de recursos públicos en manos de los partidos y la corrupción en los poderes públicos.

La legalización de las drogas es una propuesta interesante, que debe ser parte de un debate más amplio sobre el problema de la drogadicción. Pero antes, necesitamos lograr que las instituciones sean la solución y no parte del problema. Esto hace imperativo legalizar a México, porque seríamos ingenuos si creemos que algo se puede construir encima del fango.

alfredo@acletomasini.com.mx